

Un intento de comprensión de Dostoyevsky

La pureza de sus hombres

‘Os juro señores, que una conciencia demasiado lúcida es una enfermedad, una verdadera enfermedad’.

El hombre en Dostoyevski está condenado a vivir en situación de lúcida conciencia. Una conciencia que lo une con la raíz misma de la vida, allí donde, según la adecuada expresión de Rilke, todo se vuelve ley. Y es también, por esta conciencia que no admite concesiones para consigo, que dirá: “a nosotros lo primero que nos hace falta comprender son las cuestiones eternas; esa es nuestra preocupación”. Se evidencia aquí un espíritu religioso, que es el que constituye el atributo predominante de su persona. Pero sin embargo “vive” la religión sin profesarla en su estructura ética. Por el contrario, la problematiza, porque tiene la sinceridad y la soberbia de interrogar en cada uno de sus actos sobre lo “malo” y lo “bueno”. Su actuar, al estar desprovisto de imitación, ya que siempre es la consecuencia de terribles pasiones que traban lucha en lo más recóndito del alma, lo compromete consigo mismo. No con los demás. Es en este sentido, un drama de puertas adentro.

Su vida, no es una abstracción más o menos ingeniosa, ni tampoco una actitud cómoda. Es el hombre que, en un sentido análogo al de Kierkegaard, reconstruye existencialmente todo el proceso bíblico.

Es una realidad centrada en un yo, que quiere ser cada vez más él mismo. Y para serlo: “. . .partió lejos a una provincia apartada; y allí desperdició su hacienda viviendo perdidamente”.

Para el hombre dostoyevskiano, existir, es vivir en permanente contradicción. Y es en este desacuerdo, en el que la vida se presenta con fuerza irresistible y debe ser afirmada más allá de toda lógica, porque sólo así es posible penetrar su sentido.

Y el hombre se enternece ante el *sentido* de las “hojitas

que se abren jugosas en primavera; ante el cielo azul y ante ese hombre al que a veces no sabes por qué lo quieres". Pero también con valentía y temblor inquiere al *subsuelo* el huidizo sentido, pese a la vergüenza que tal buceo le causa.

Simpatiza con el Mal porque es la copa donde lo humano apura todo el dolor, y también porque a veces los hombres dejan de vivirlo por cobardía. Así, el crimen y el suicidio, las más de las veces son actos reprimidos, pero no superados. No son pocos los seres que se han dado muerte negando su yo. Y ésto ha encontrado clara expresión en la agudeza psicológica de Kierkegaard: "...han creído demasiado atrevido ser, y más simple y seguro asemejarse a los demás, ser una caricatura, un número, confundido en el ganado".

Dostoyevski sabía muy bien estas cosas. Profundo conocedor del alma llevó hasta los últimos límites la posibilidad de confesión del hombre mostrándolo en su terrible desnudez y en el pleno desarrollo de sus fuerzas.

Situándose más allá de todo sistema, lo dejó que negara cuanto quisiera. Lo lanzó a un actuar librado a sus propios impulsos, *pero fiel y sincero a una conciencia implacable.*

- - -

La esencia del hombre dostoyevskiano es: su temporalidad y lo eterno; términos estos que constituyen una relación. Para que estos términos constituyan esta relación, es necesario el enlace a través de la fe. Pero esta fundamentación no termina nunca de cumplirse, porque el hombre dostoyevskiano se vuelve de continuo sobre la finitud de la temporalidad, y al encontrar en ella el sentido de la existencia, la afirma. No obstante, lo eterno sigue existiendo para este hombre: "¿Fué el hombre el que creó a Dios, o Dios el que creó al hombre?". Y ante este angustioso interrogante desiste de la razón, pues "estas cuestiones rebasan la razón humana". Esto trae aparejado lo que antes dijéramos con motivo de la elección entre lo "bueno" y lo "malo", porque: "si Dios no existiera, todos nos estaría permitido", y entonces "¿para qué distinguir entre estos endiablados bien y mal, cuando tanto cuesta?"

Pero tal pregunta no supone una actitud indiferente para con el obrar. Prueba de ello es que en la gestación de todo acto y en su consecuencia, el hombre dostoyevskiano mantiene una conciencia vigilante, que si bien es la "enfermedad", constituye también el rasgo que define su pureza.

JULIO C. GARGANO.